

SER DIBUJO



SER DIBUJO

Isabella Ocampo Ortegón

Agradecimiento

*A mi madre, mis tíos, mis
primos, mis amigos, a todas
y cada una de las personas
que de una u otra forma me
apoyaron en la realización
de este proceso.*

CONTENIDO

1. Sobre la composición del carbón	9
2. La huella que queda al trazar	15
3. El dibujo escondido o lo que esconde el dibujo	23
4. El dibujo como danza, como ritual	31
5. En la superficie que dibujo	37

1

Sobre la composición del carbón

Hecho por acción del fuego con cálida esencia se formó, sin oxígeno se creó, a través de los años emergió. Fijo, rígido, aburrido e inmóvil permanece aquel tallo cenizo abandonado en lo oscuro de la caverna; puede pasar absorbido, hundido, olvidado su vida entera y jamás descubierta su fuerza eterna si no baila con el negro humo que desprende y la huella inquieta que entrega. La vital fuerza negra que lo compone la extrae de sus vidas pasadas como planta, como árbol, como flor, como animal, como humano; todos ellos murieron para dotarlo de aliento, exigiendo que se forjara como herramienta capaz de renovar, en otros tiempos, temperamentos ancestrales. Ahora en mis manos, lo encuentro como un gran contenedor, es una caja de pandora con incógnitas encerradas esperando a ser resueltas. Entonces ¿De qué se compone? ¿En qué se convierte el carbón en las manos de un artista?

Se piensa él mismo como ser, ser compuesto de muchos, esencias varias reunidas en una, almas en procesión hacia el fuego convertidas en ceniza que luego será polvo. Como materia, es persistente, oscura, traslúcida y como cuerpo, tangible pero frágil; se deshace con el tiempo, se quiebra con el viento, arde con el sol. Cree que estos estados, todos, son efímeros. En contraposición, su vida es más vieja que el tiempo fosilizado y que la abuela materna, nunca muere solo se desplaza en formas. En las manos sensibles se transforma, toma otro rumbo, sobre superficies macizas experimenta un estado liberado a través de los trazos que dejan huella, hilos de existencia empiezan a aparecer como marcas sutiles.

Pasa de ser material a ser materia, se muda al cuerpo del que lo sostiene, se vuelven individuo unitario mas no único. Transmuta como umbral, como primitivo, como esbozo, boceto de lo que se puede convertir, pero nunca es; es un recién nacido que puede ser lo que quiera en tanto no es corrompido por el exterior, una casa en obra negra que resguarda su iniciación como hogar. Sin embargo, al igual que el dibujo, el carbón- humano hace una larga caminata mientras todas sus características se comparten, se asemejan y se acoplan, moldeables como barro, pacientes como semilla, abiertos a la incertidumbre como creyente, en constante cambio como el clima. Aparentemente palo inservible, toma del cuerpo del creador su forma por medio de los trazos, autorretrato mutuo se manifiesta; el dibujante cambia de aspecto, se transfigura en dios y su herramienta divina, el carbón, en una imagen hecha a su semejanza, obtiene el poder de mudar a su antojo, adopta estructuras, maneras de proceder y apariencias infinitas.

El carbón es energía comprimida que transforma su naturaleza. Sobre superficies rugosas y asesinas avanza uniendo puntos, perdiendo quizás, su verdadero ser mientras impregna saberes preservados y ocultos; el artista es creatura indomable. Forja por tiempos lo difuso, otros tantos lo concreto, adopta diversas formas, crea de la piedra bruta lo pulido, de lo borroso lo nítido, de lo inestable lo tangible y viceversa. Unidos entretejen dinámicas que revelan rasgos singulares pero sentidos para el que lo experimenta, moran en el otro como inocentes amantes, variables sensaciones se camuflan en el fluir de sus habilidades aplicadas; sus humores llegan a ser armas de doble filo, se dejan llevar por la mentalidad guía o dejan que el mundo que han creado los atrape.

Se pueden percibir como relación cuerpo-tiempo que denota persistencia, su mancha deja rastros, su polvo se posa en todos lados, su recuerdo y sensación sobre la piel son fáciles de recordar y difíciles de olvidar; como relación naturaleza-muerte que es oscura, por culpa de las tierras secas y áridas su composición así es, cenizas quedan, madera café en negro polvo se convierte, quebrada queda su superficie y se deshace en pared lúgubre, fría. Como relación espacio-herencia que consigue ser traslúcida porque finas capas se trazan en el claro plano, cada una más liviana o más pesada que la otra, indefinible es su permanencia que cuando se borra revela el fondo cubierto de estampas remotas.

Sus vidas no se agotan, se traspasan a través de manos negras, invisibles, sobre pared roca recorriéndola, atravesándola, esculpiéndola. Siguiendo las ideas de Didi Huberman sobre Penone: así como el río talla a la piedra con el golpe de su cauce, el carbón da forma,

dibuja el pensamiento del creador, moldea lo que piensa guiando. Sin embargo, el creador también labra el carbón como las piedras, muchas de ellas reunidas, dirigen, encauzan río, numerosas ideas del artista dan forma a este. El artista se vuelve uno con la obra, con el material y es inseparable del ‘resultado final’. Se torna corporalidad que esculpe pero que a su vez es esculpida, como lo hace el agua del río sobre la piedra y la piedra al río, fluyen, moldean, cambian, así como lo describe Penone:

“El río transporta montaña. El río es el vehículo de la montaña. Los golpes, los choques, las violentas mutilaciones que el río inflige a las rocas más grandes golpeándolas con otras más pequeñas, la infiltración de las aguas en los brazos más delgados, en las fallas, desprenden pedazos de bloque. Todo sirve para esbozar la forma – efecto de un trabajo continuo de erosión, de presión sorda. La forma se dibuja y se evidencia. ¿No tiene únicamente el río, como proyecto, revelarnos la esencia, la cualidad más dura, la más secreta, la densidad extrema de cada elemento de la piedra?” [...] (Didi-Huberman, 2008, pp.13)

Carbón como contenedor, como materia y como cuerpo, se vuelve uno con el artista, pero es muchos a la vez, se convierte en río, escultor esculpido.



2

La huella que queda al trazar

El carbón necesita movimiento para poder encender su propia luz, su propio humor, humo negro, calor oscuro que no sirve si no se activa, permanecer inmóvil su rigor acorta, el navegar es su esencia. Como un tesoro que viajó por años y duró escondido otros tantos, cuando recién se desentierra pide ser mostrado cuál colección de devoto. Desprenden de él piezas inigualables como misterios ocultos cuyos fragmentos requieren ser presumidos; los valientes puntos que imponen presencia, las fluidas ondas de líneas orgánicas, el bosquecillo de rasguños tenues que forman figura, las hileras negras que vislumbran columnas y escaleras, entre muchas otras presencias abstractas y atractivas.

Aquellas fichas de este gran rompecabezas negro se empiezan a manifestar como vestigios que van encaminados a revelarse como bosquejo, como guía; son señales básicas de lo que puede suceder, indicaciones que se

ponen por experiencia como las señales de tráfico que están dispuestas en determinado lugar-momento porque anteriormente ocurrió un accidente allí. Se despliegan sus potencias como heroínas y villanos en batalla, fuerzas insignes tales como el trazo, la marca y la huella que dan esparcidas en el campo vislumbrando su porvenir, el dibujo antes de ser dibujo. Entonces ¿En qué momento denominamos a un trazo, a una marca o a una huella dibujo? ¿Qué es esto del dibujo antes de ser dibujo?

Si tuviera que definir las, una línea de carretera que aparece debajo de tus pies sin que te des cuenta diciendo sígueme, no me abandones; es el trazo, que penetra por los ojos llamando la atención, es una cosa ópticamente capturable, objetual. Un susurro áspero que indica que el tiempo pasó, como las arrugas de anciano o cicatrices curadas; es la marca que se siente inmediatamente al tacto, conmueve al ser palpable, es tangible. Y la anécdota de un grupo de amigos que cada que se encuentran la reviven por los buenos viejos tiempos; es la huella, se percibe como recuerdo, añoranza del pasado, es espiritual. Tres señales que cuando se presentan, juntas o por separado, quedan estáticas por un período, permanecen sepultadas como esqueleto bajo tierra; la fogosidad de su vida se pierde en los años pasajeros, instantes que borran lo que alguna vez quedó nítido y firme. Sin embargo, sus partículas se esparcieron sobre el lugar derramándose en el suelo como polvo, para luego ser removidas, levantadas por el viento o la fuerza de la naturaleza empezando de nuevo su ciclo, ciclo carbonífero.

Son tiempo, me refiero a que contienen tiempo porque sellan un antes y un después, una frontera temporal. Dividen territorios, ideas, pensamientos, delimitan en el

presente historias del pasado y reflexiones del futuro, dejan indicios perdurables por donde su polvo esparce cual gota de aceite mancha la ropa, construyen espacios y reconstruyen sucesos como forenses cuando encierran la zona del crimen con cinta amarilla visualizando acciones ocurridas. Se crean límites invisibles a través de pistas dispuestas en territorios aleatorios, deteriorados, como lo son las paredes rocosas de una montaña o un papel casi desechable. El punto fecunda, la línea germina, mediante el choque herramienta-superficie el dibujo emerge.

Siendo así, el dibujo se vuelve objetual, tangible y espiritual ya que comparte las características de estas señales, así como el carbón comparte su existencia con el artista. Se extiende en los lugares y los tiempos, su presente lo percibimos como punto, como línea, como mancha, como polvo; su pasado lo sentimos como rastro, como huella, como recuerdo; su futuro lo imaginamos como diseño, como imagen, como representación rígida. Encontramos una tensión entre su pasado que se extiende como sábana que arropa el lecho de la memoria comunitaria y su futuro pensado como retrato de rey que no deja olvidar su mandato, como fotografía capturada fugazmente que permanece en la retina inmóvil a pesar del movimiento de su alrededor. Lo que comenzó como garabato, toma fuerza, firmeza y rigidez, cuando le ponemos nombre, cuando lo identificamos como algo familiar, algo conocido que está en la memoria...ahí aprendo lo que me enseñaron a identificar como dibujo.

Arranca como manifestación de pulsión corporal, entra en un estado de inconsciente liberación. Los trazos juntos, muchos y variados instantes de pulsión, son pequeños gestos que llevan a la experiencia total, al con-

junto de manchones que forman uno solo, que forman algo, algo aparece, el qué no importa, sino el cómo del cuerpo del que lo compuso. Ese cómo es la esencia de la intención del que dibuja, intuición hecha dibujo, instinto vivo. Solo es cuestión de buscar lo que sería el inicio y final de cada trazo y la presión con la que la marca quedó para saber en qué posición estaba el cuerpo que lo creó, puede su tamaño variar y abarcar nada o abarcarlo todo, hundirse entre las grietas, entranar la tierra, blanca como insípida y negra como cálida, absorber como negro y reflejar como blanco, ser puro o ser sucio; aunque al dejarse ver la imagen su entramado tejido entrelazado, entremezclado, se empieza a revelar como está compuesta, quien la hizo y los movimientos corporales que utilizó.

Pasa de lo difuso a lo rígido cada vez que se agrega un nuevo rayón, uno sobre otro y otro crea capas, capas sobre capas son espesas láminas de gestualidad, nace densidad, el dibujo empieza a pesar. Peso físico como negros mantos que hacen elevación y erigen montaña, peso conceptual de ideas a medio terminar que se transforman en camino, ambos se vuelven laberinto, extraño camino que puede ser recorrido con cautela y paciencia. El dibujo se empieza a parecer al eco de los sonidos dentro de una cueva como repetición y el vaivén de las olas como recorrido en expansión; cada eco genera nuevas capas de sonido, cada voz es diferente y débil, lo mismo con cada trazo, uno tras otro se vuelve más débil pero al estar reforzado por los revestimientos anteriores se vuelve nítido, legible y si se quiere pulido o desordenado y grotesco; cada ola recorre distancias y regresa al origen no de la misma forma, trae consigo arena, basura o peces que en un principio desconocía, ahora integran su ser, así mismo las líneas de distintos grosores, tamaños

y longitudes se enlazan, cruzan en movimientos oscilantes cada vez más robustos, pueden abarcar todo y todo las abarca, como la cobija que cubre el cuerpo y todo lo vuelve cálido, se crean atmósferas.

Las ondas, lo circular y el ciclo se presumen como parte fundamental del alma del dibujo, cada nuevo repliegue y despliegue crea nuevas rutas, las anteriores se deshacen dejando leves vestigios trazados. Si siguiéramos en el laberinto o en el mar, en cada pasillo caminado y en cada trayecto de navegación desprenderíamos algo de nosotros así sea minúsculo; una respiración agitada, un cabello, el contorno de nuestro pie en el suelo o de nuestro perfil al sol, cuando regresemos lo recordaremos y sabremos que hemos transitado por allí. Lo mismo ocurre con el trazo, la marca y sobre todo la huella, podemos intentar borrarlas sin éxito pues lo que fue ya no será más; no obstante, sí estuvo, es la idea bocetada que dio origen a la forma 'final', siempre volvemos a ésta para no perder el rumbo, el foco. Entonces el dibujo se vuelve un tránsito, un flujo continuo, temporal, lo habitamos antes de ser 'dibujo' porque regresamos una y otra vez al punto originario como lo haría el carbón, que se relaciona como materia primitiva que a su vez crea un esbozo primitivo de un algo (dibujo) que recién empieza.

El dibujo antes de ser dibujo, es el dibujo mismo, pero en su estado naciente, boceto interminable que funciona de igual manera si le agregase o quitase un punto. Parece un esbozo infinito que se intuye incompleto, pero hay demasiado detalle, todo está expresado. Me pregunto ¿qué pasa si eso que supuestamente recién empieza en realidad ya es la meta? o ¿para qué seguir más allá si todo está hecho y dicho con solo eso?





3

El dibujo escondido o lo que esconde el dibujo

El dibujo es un tránsito, es el tránsito del ser que lo recorrió haciéndolo; pero esta entidad es espectral y sombría ya que su cuerpo no está presente, solo su esencia se siente, sus residuos (huellas) se perciben en borrones, manchones, errores, correcciones. La vida oculta de los primeros trazos del pensamiento de éste que dibuja se presenta en el dibujo pulido e inmóvil a través de los errores que fueron disipados, tapados. Los podemos ver cuando la cortina se corre y revela lo oculto detrás de ella, la función empieza, la aparición se descubre, los lugares transitorios donde gira, se traslada, desenfoca y hunde se visualizan mediante movimiento, pero no el uno detrás de otro, sino el uno sobre el otro; yuxtaponer, superponer, aparear, juntar, unir, relacionar. Amalgama de posiciones que solo se pueden percibir a larga distancia como los enamorados prohibidos, solo con la mirada. Ahora, no basta solo con mirar, se tiene que penetrar, profundizar, ahondar en sus mensajes camuflados, los

motivos del por qué y para qué están ahí; solo debemos dejarnos atrapar por ellos, sentirlos sin intentar descifrarlos. Es que al final la estampa variada de negros y grises toma su forma ella sola, fluye. Entonces, ¿Qué tanto absorbe el dibujo en cuanto a esencia del que pinta, sus visiones, ideas, conceptos, su ser? ¿Qué tanto es deliberado y que tanto no?

Se piensa que el dibujo es efímero, que sus trazos son pasajeros, se borran y se pierden; en realidad, me atrevo a decir, que tiene etapas y en estas etapas se muda de aspecto, pero no desvanece en su totalidad. Es como una trocha que conduce a un determinado lugar, a veces, dependiendo de la naturaleza a su alrededor, abre sus sendas por el lado derecho, otras veces por el izquierdo, quizás hay días que ni se distingue; aun así, los lugareños reconocen el lugar de memoria y remarcan el camino, lo restauran. Esto mismo sucede con el dibujo, es que no es momentáneo como algo que se esfuma fácilmente, sino como algo que se transforma cada día, ya sea por el ambiente que lo daña o por la mirada que lo observa desde otro punto de vista; y si se llegara a deshacer el que lo creó, y no solo el, lo replicaría en bocetos nuevos, lo tendría de referencia aun sin darse cuenta, su esencia la poseerían otras formas en otros rasgos, dibujo reencarnado.

Estos variados aspectos, fases, trayectos pueden preservarse por miles de años o difuminarse en segundos; se pierden entre marcas que atraviesan el tiempo que hay del boceto al 'fin'. Surgen las siluetas recortadas, a medias, incompletas que son devenir de todo y de nada, potencias infinitas de significados poderosos, intentos de plasmar imaginación con líneas. Ejemplo de lo que

planteo son las increíbles figuras presentes en la cueva de Chauvet en Francia, cientos de capas fragmentarias atraviesan la roca cóncava cada una quizás con intenciones, significados, razonamientos, reflexiones diferentes de mucha importancia para el que lo pintó en su momento. En el presente intentamos descifrarlos, entrever entre ellos y lo hacemos como si de una mirada cubista se tratase; desde diversos ángulos, a diferentes horas y con miradas distintas procuramos acceder a la mente creativa extinta. Sin embargo, las ideas del que lo plasmo ya no están aquí, mueren, solo él mismo las conocía y entendía, el dibujo se convierte en idea fija e inmutable con apariencia cambiante.

Observar sería lo adecuado, mirar con detenimiento, morar en la imagen que tenemos en frente, posarse, quedarse ahí por largo rato, excavar en sus preguntas nubladas de manchas y objetos sin resolver; así lograremos encontrar el cuerpo del creador velado, su autorretrato, que de alguna forma es el dibujo mismo, lo que absorbió de él. Quedarse quieto no es necesario, al contrario, nada impide que pueda ser captado en movimiento, es decir, caminando a través de idea de recorrido, re-correr, buscar las preguntas del creador a través de las manchas que quedan, entender como pensaba aquel trazo que decidió quitar porque no funcionaba como parte de la imagen. Volver siempre al principio, lo primitivo de la primera exploración como bosquejo, bosque visto desde dentro donde solo se ven sus lánguidos troncos, líneas; siluetas; como la tierra fértil cubierta de pasto aun sin plantar, el inicio de civilización que se asienta, como niño que da su primer paso y entiende que puede dar muchos más; como la intensa luz del sol que se posa sobre el café de la mañana que vuelve blanca su faz y que inaugura el día,

inaugura pensamiento, reflexión, es por medio de ella que se sospecha concepto, se percibe autor.

El cuerpo escondido del dibujante que se deja ver entre tanto y tanto no tiene forma, ni género, ni sexo; es andrógino, puede ser animal, vegetal, tangible, intangible, invisible. Se presenta áspero, sin pulir, puro, como una metamorfosis se transforma en el proceso, le transfiere vida a cada línea, punto, manchón como lo haría el doctor Frankenstein a su monstruo, armando y desarmando, formando y volviendo a formar, re-formar, una y otra vez, engendro de partes corporales descompuestas vueltas a poner y poner, se torna entrañable y visceral, ensamblaje de porciones. Así mismo, la creación se vuelve hacia su inventor y se comunica con él, vive y le regala vigor para continuar mostrándole nuevas rutas a seguir, es comunicación (no verbal) entre creación creador, le habla con fugaces pensamientos, apariciones de ideas surgen, se desechan otros tantos intentos, diálogos internos y profundos, se concibe proceso de creación. Como espectadores vemos este rito con ayuda de una lupa, no me refiero al vidrio en mano, sino al ojo instintivo que capta sagazmente las creencias recónditas de esta conversación antes de ser mensaje, cambios que son movimiento, el dibujo antes de la palabra puede que también con su irreverencia hacia la fijación desplaza convicciones, las hace visibles para luego sustituirlas, les da vida para el que transita y escucha, las mata para el que no persevera, el cuerpo del dibujante se comunica con el dibujo y viceversa.

Ya no sería solamente carbón-humano, ahora es carbón-humano-dibujo; ser fantástico que solo vive en los instantes de concentración, de reunión, encuentros sin

planeación que acontecen en momentos de intensa interacción entre cuerpos, se funden en uno solo. Apareados sus puntos, esparcidos, regados, redistribuidos, queda su sensación en el espacio y el ser que lo creó conserva los gestos que utilizó al moldearlos, así como los desplazamientos de su cuerpo. Abanico de posibilidades se expone donde el ambiente entre estos tres seres ya no es ajeno; hay manchones arrastrados con la piel que se convierten en polvo que cae, que se dispersa, luego son absorbidos por el aire que los hace sobrevolar los lugares cercanos para juntarse al caer en minúsculos cúmulos que marcan superficie y forman dibujo. No es suficiente, detrás se esconde lo móvil, el cuerpo creador que danzando en el tiempo se volvió uno con el carbón que unta manos, penetra nariz, embarra pie, que se posa sobre los poros, deja huella en la piel; son uno por instantes, al separarse queda lo que fueron cuando estuvieron unidos, en manchas de tiempo se convierten, muchas historias en una sola.

Al pulir, arreglar, acicalar, pienso que se le quita vida a esa imagen primitiva y originaria que salió de la entraña y del movimiento muscular no pensado y brusco, de la pulsión corporal instantánea, del diálogo que se creó en el tiempo entre cuerpo creador y cuerpo dibujo. No obstante, surgen muchas más expresiones nuevas que, aunque no sean primarias, también son valiosas; es que se dibuja pensando sobre lo pensado, se arregla sobre lo pulido, se corrige sobre el 'error'. Entonces jamás se mostraría un proyecto final, es decir, lo que vemos son lapsos de energía capturados, en el tránsito, el movimiento, las capas, las siluetas, los bosquejos, y cautivos en la superficie vuelven el dibujo una especie de jaula, estanque con hierba que impide el fluir del agua porque

cada vez es más denso y menos claro, hasta que rebosa y se derrama. Empapa, moja todo, humedece cualquier esbozo de lucidez, se debate entre lo que se quiere suprimir, tachar, deshacer y lo que se desea resaltar, ostentar, exhibir, períodos de tormenta en donde no se sabe quién toma las decisiones. Puede que la creación tome su forma, él solo como si tuviera vida propia da órdenes estrictas que se deben cumplir o el hacedor toma las riendas e impone su dictadura; creo que, además de lo anterior, entra en juego la transformación misma, idea de boceto interminable, aparece un 'entre' lo que se pretende y lo que se logra o lo que se ve, como si evolución fuera lo que se busca, las metas aquí no existen solo momentáneos chispazos de luz.

Como un elemento orgánico, el dibujo es comparable con la comida preparada, más que eso al acto de cocinar, el arte de crear experiencias a través de los sentidos. Se crean emociones, sensaciones, visiones y sabores que solo dejan huella en la memoria de quien lo observa, lo prueba, aún más quien lo habita, quien lo crea y se vuelve uno con él; sin embargo, al preparar la receta, cada uno tiene su propia sazón, humor, ánimo y disposición, involuntariamente nacen creaciones únicas con intenciones de réplica. Así se siga la receta heredada no va a quedar igual, el sabor final no es deliberado, estamos prestos a lo que el azar nos dé, las certezas se disipan como la sal que se riega, lo que aparece en el fondo y al frente nunca lo sabremos al comienzo, quizás tampoco al final.



4

El dibujo como danza, como ritual

El dibujante baila alrededor del fuego, sombras que se agitan proyectadas en superficie texturizada dan vida a seres análogos multiplicados, perfiles en penumbra son iluminados, son protagonistas detrás de la calidez amarilla de la llama. Tras brincos, desplazamientos, giros, hazañas aéreas y trazos de manos inquietas en el aire, se visualizan presencias negras inesperadas que son habitadas por incontables misterios. Aquellos personajes oscuros hacen presencia sin estar aparentemente aquí, varios cuerpos a la vez se sobreponen, conjugan, juegan, se topan, mezclan, reparten, confunden, danzan en un baile interminable mientras son dibujados por su dueño, a través de él. Si el dibujo es comunicación no verbal, dibujar también se torna en una especie de escritura con el cuerpo, que a su vez es escritura a varias manos; cada nueva sombra que es filmada es índice de nuevas historias nacientes. Es algo más que líneas, rayas y manchas sobre superficie plana, es vivencia y experiencia. Diferen-

tes experiencias emergen mientras se enfrenta a la culminación o ni siquiera eso, al desarrollo del dibujo; así mismo, el dibujante asemeja múltiples transformaciones a lo largo del proceso como en el dibujo mismo, entonces ¿Siempre es la misma persona la que dibuja?

Dibujo incompleto demuestra movimiento, crea ilusión de movimiento como si se tratase de una novela gráfica o de los fotogramas unidos de una película, puestos uno tras otro. Sensación de espiral lo envuelve, el creador se mueve y vuelve, siempre en círculos poniendo capa sobre capa, danza de curvas en circulación convierten lo que a los ojos racionales del espectador es fijación, pero que la retina entiende como ilusión y el cerebro transforma en fluidez. Un punto seguido del otro forman la línea, muchas líneas una trama, una trama el manchón y un manchón un bloque, los bloques luces y sombras, las luces y sombras el volumen, el volumen es carga, de solo verlo se siente pesado, como si fuera habitado por varios.

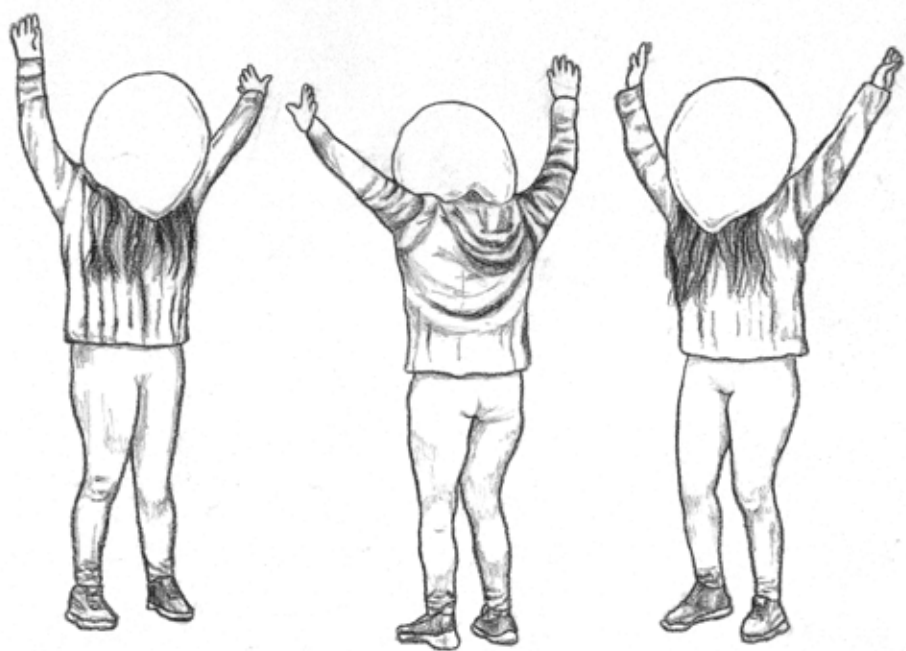
Aparece la repetición de cuerpos ausentes, cada uno deja un poco de sí indicando que somos muchos. Ese mismo sentimiento lo apreciamos en el Asedio de París (La Queue Devant La Boucherie), dibujo extraordinario que realizó Edouard Manet en 1871: reiterados trazos en frecuentes figuras casi sin enmarcar, abiertas, demuestran desplazamiento, caligrafías distintas para cada estado de ánimo denota los cuerpos que lo habitan; cada uno impregnado de cualidades únicas, como si fueran dibujados por personas diferentes, siendo que es una sola la que lo ejecutó, cambian como si cambiara el dibujante cada vez que apuntó el lápiz en el papel.

También lo incompleto a su vez es borroso demostrando lo que alguna vez fue, se vuelve difuso quedando en evidencia lo que puede llegar a ser. Se ve lo moviente desde lo estático, esta confusión hace que la mente complete la información y recree en su mente lo que le hace falta, lo que se quiera ver, como una foto de un video congelado. Aparece la fotografía barrida, un instante, el instante fijo, ilusión de movimiento, como ir a super cámara lenta y observar el paso a paso. Ver el mundo pausadamente, es ver el movimiento desde la falta de movimiento.

En el observar lento aparecen de nuevo sombras agudas que embrujan el ambiente, la atmósfera. No se pueden divisar sin luz, la luz permite oscuridad y el juego entre ambas, movimiento. Para captar el movimiento, además de la lentitud, corresponde apreciar el volumen, como reflejo de objeto en el espejo que meneándose frente a su imagen nunca la toca; quisiera que fueran uno, pero no se puede porque va más allá del plano tangible, se anteponen uno junto al otro hundidos tras una huella difusa de aquel que le precede, pues son simples manchas en sí mismos, capaces de ser y habitar solo en los ojos que curiosos que se acercan y penetran hasta encontrar. Ahora los cambios de luz también denotan cambio de tiempo, la luz no se mantiene constante, siempre cambia, así mismo transforma el dibujo, ideal sería verlo como una danza a la cual se le otorga mucho valor a los compases, cada paso es valioso para avanzar en ella, cada rayo de luz es vital, para no perder el hilo conductor de la música sino también no perder conexión con el llamado del canto, lo ancestral, como el observar de una llama naranja danzante que nos lleva a una meditación profunda, el dibujo como meditación, en la intros-

pección guiada; nuestro cuerpo deja de ser nuestro y se vuelve uno con tierra, uno con el papel, uno con cueva, se convierte en experiencia.

Trazar mirando, moverse rayando, grande es el recorrido, absorbente el laberinto, urgente el acercamiento, tocar lo adecuado, dejar que el negro encuentre lo que busca de la obra y en el obrero. Dibujar como ritual experimental, como ceremonia que busca respuestas, emerge como imagen divina, es como un ídolo retratado, tieso y sin vida sobre la roca esculpida bajo relieve, divino dios en el que encontramos paz. Se vuelve sagrado una vez se exhibe, se convierte en imagen solemne que describe vidas a través de paneles como si fueran una historia, como un viacrucis en iglesia cristiana con representaciones colgadas en un orden específico sobre las columnas que sostienen el templo; así mismo, se arma su significado, se le otorga valor. Con capas y capas se piensa que aclara las ideas, al contrario, vuelve todo opaco y nebuloso; sin embargo, nunca se puede tornar completamente negro. Hurgando, moviendo, raspando, llamando como lo haría un chaman a seres extra terrestres, encontrando vidas pasadas contactadas mediante la soledad reflexiva de la pausa; el dibujo lo gozamos y sufrimos como vivencia, experiencia, creencia, ritual.



5

En la superficie que dibujo

La superficie es territorio que crea tensión con el carbón; el carbón penetra grietas y fisuras, podrían verse estas como errores por eso se tapan y en ese intento se resalta más, es como utilizar el borrador que no borra, sino que desplaza dejando hueco; la superficie por su parte resquebraja, fractura el carbón, ambos chocan y se adaptan. Entonces las zonas que intervenimos no son puras, siempre andan contaminadas de lo que son, lo que fueron. Capas sobre capas revelan un tiempo sobre otro, muchos tiempos reunidos, como el pañete sobre el ladrillo y la pintura sobre el cemento, como las estalactitas y las estalagmitas reunidas en columnas a través de miles y miles de años de quererse encontrar, aparecen los grumos y las estocadas con punta afilada, la textura es clave, es otro cuerpo que se revela, es la fluidez de lo húmedo y la rigidez de lo seco reunidos para convertirse en gesta de nuevos rumbos que interesan a los ojos, pero sobre todo a lo táctil, los dedos. Son textura, como si te

aplicaras crema, con pequeñas caricias le das forma a tu rostro, esculpe, el cuerpo se esculpe a sí mismo, la experiencia del espectador cambia, la textura edita la experiencia, pequeñas texturas, pequeños tumultos llevan a la experiencia total. Para iniciar el dibujo se busca un lugar donde apoyarse que resguarde todo aquello que queremos, que intentamos expresar, pretendemos algo plano, blanco, puro y no lo vamos a encontrar. Es que ¿Existen superficies totalmente planas? ¿Por qué le damos tanto valor al lienzo en blanco?

El dibujo es grande, se extiende sobre superficie sin importar el formato; hay un montón de líneas que si las desplegamos crearemos un río de información casi interminable, desfile de reacciones en secuencias que se cortan o se unen. Encontramos un terreno alborotado que lejos de la quietud y la rigidez le da ánimo, anima el dibujo quieto a través de un laberinto de estructuras que vibran, le da vida con ayuda de las mixturas y pequeños turupes que hacen que el carbón avance con dificultad, como la tierra al arado. En busca del orden también se dan cambios de frente, cambios de vibración por su temperatura, su color, su humedad. Manos que se untan y moldean son a su vez el lienzo que da forma a la forma, se traspasa cual extensión del cuerpo que se puede expandir más allá de lo que se piensa.

Luego el dibujo como agua, como ola, que fluye, que es líquido, húmedo se deja moldear y moldea como el río a las rocas, rocas tiasas, líquido moviéndose, choca lo rígido y lo moviente, uno no existiría sin el otro, es un caos ordenado, a primera vista es un desorden a segunda mirada un mapa ordenado. Rayas y rayas una sobre otra crea ilusión de fluidez, de movimiento, desenfoque

y enfoque, fondo frente, sensación de espacio contenido, se ve, se escucha, se oye, no estamos en frente estamos en él, sensación parecida ocurre con La gran ola de Kanagawa de Hokusai, nos cae encima, nos envuelve, estamos en ella, la surfeamos, construimos la superficie y ella nos construye.

Cada vez que intervenimos con mirada, carbón, cuerpo, adoptamos la superficie, el espacio, el territorio como lugar habitable que enriquecemos con nuestra presencia configurando el fenómeno final, en el que nos transformamos al dibujar, carbón-humano-dibujo-superficie. Todos adoptamos la superficie cada vez que la intervenimos, nos movilizamos en el lienzo y con él, cada mancha del carbón construye cueva, roca, pared, construye tiempo, se atrapa el tiempo cada vez que mi puño encierra un trazo, el dibujo se mezcla con la humedad de la cueva y se expande alrededor, se encoge o encoge cuando se está frente a ella. Es grandioso, monumental como poder de atracción, punto de encuentro y de localización, lo mismo es el dibujo...una forma de encontrar o de encontrarse.

